

GLORIA DA CUNHA. *Pensadoras de la nación*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2006.

Curiosamente, el ensayo es el género que menos se investiga de la literatura latinoamericana e, igualmente, es el que menos se enseña en el aula de literatura. Esto pese a que –como advierte Alicia Ríos en el *Latin American Cultural Studies Reader*– con el ensayo hispanoamericano, a partir de Domingo Faustino Sarmiento, nacen los estudios culturales hispanoamericanos (Durham: Duke, 2006). La misión primordial de los estudios culturales es descubrir las complejas rutas de las culturas en sus más acomplexadas relaciones con el Estado-nación. La omisión del ensayo es grave porque es uno de los lugares donde se archivan las nociones más profundas de las naciones del hemisferio americano. Existe otro problema. Típicamente, en los cursos, artículos y libros que sí se ofrecen sobre el ensayo, se hace una selección de los muy canónicos, Sarmiento, Montalvo, Martí, Hostos, Rodó, Mariátegui, Uslar Pietri y Paz, u otros. Pero también típicamente, no se incluye a las ensayistas. Entonces ellas sufren una doble subordinación, en el primer lugar por ser mujeres, en el segundo lugar por ser ensayistas.

La omisión de las ensayistas en el canon establece una arquitectura ideológica que no incluye a la mujer en la nación, por lo menos más allá de su papel prescrito como el ángel del hogar. El imaginar a la nación sin integrar a la mujer implica graves estorbos para la democracia, la justicia, la igualdad y la libertad. Si se acepta que el ensayo es receptáculo fundamental de nuestros conceptos de nación, construcciones que valorizan lo cultural sobre lo económico, sigue que hace falta volver a excavar a las ensayistas del olvido cruel del tiempo. Es una postura lógica. Dado que nuestras sociedades se dividen más o menos igualmente entre hombres y mujeres, ¿cómo entender a González Prada sin verlo en contexto con Clorinda Matto de Turner o Mercedes Cabello de Carbonera? ¿a Sarmiento sin Juana Manuela Gorriti? ¿a Montalvo sin Marietta de Veintemilla? ¿a Hostos sin Luisa Capetillo?

Gloria da Cunha, cuyo libro *Pensadoras de la nación* es el tema de esta reseña, lleva veinte años trabajando en la literatura escrita por mujeres y nos ha brindado obras de mayor envergadura como *Mujer e Historia: la narrativa de Ana Teresa Torres* (1994), *Cuentistas hispanoamericanas* (1996, editada con Anabella Acevedo-Leal), *La cuentística de Renée Ferrer* (1997), *El pensamiento de Marietta de Veintemilla* (1998), *Narradoras ecuatorianas de hoy* (2000, editada con Adelaida López de Martínez) y *La narrativa histórica de escritoras latinoamericanas* (2004). La más reciente es *Pensadoras de la nación* (2006), un estudio sobre la ensayística de Marietta de Veintemilla (Ecuador, 1858-1907), Mercedes Cabello de Carbonera (Perú, 1845-1909) y Luisa Capetillo (Puerto Rico 1879-1922), con un apéndice en el cual se incluyen textos importantes de cada una de ellas. El estudio es descriptivo



y analítico a la vez, muy útil para investigadores y estudiantes para entender esta rama censurada de la trayectoria del ideario nacional que se rastrea en el campo completo del ensayo hispanoamericano.

La trascendencia de este tomo debe ser obvia: da un espacio a las ensayistas del fin del siglo XIX y del principio del XX para expresarse acerca de la nación. En el estudio, Da Cunha ofrece una pequeña biografía de cada autora, pero no se queda en la descripción. Por ejemplo, no teme cuestionar el lugar común de un ensayo femenino que “contesta” al pensamiento masculino en busca de una expresión feminista (11-12). De frente, arguye que la ensayística de estas tres escritoras ostenta “preocupaciones sociales, políticas o filosóficas” que comparan favorablemente con las “de los ensayistas de una misma época” (12). Es decir, estos ensayos femeninos no son precisamente contestatarios, ni deben leerse obligatoriamente en contexto con los ensayos masculinos que omiten la mitad de la humanidad en sus idearios. Estos escritos se crean desde la experiencia y la creatividad de sus autoras, así como los brindados por hombres también se crean desde su propia experiencia y creatividad. Da Cunha, entonces, abre su estudio con un reto al lector: leer a estas ensayistas con el mismo criterio que aplicamos a los ensayistas canónicos. Pero no como instancias remotas de la cultura, ya que se puede leer *Páginas del Ecuador* de Veintemilla como la continuación del *Facundo* de Sarmiento; anticipando la *Radiografía* de Ezequiel Martínez Estrada, *La religión de la humanidad* de Cabello, que está en diálogo con el chileno Juan Lagarrigue y la argentina Juana Manuela Gorriti y (¿por qué no?) con el mismo Augusto Comte, o con Tolstoi (tema de otro ensayo suyo); y, finalmente, *La humanidad en el futuro* de Capetillo con cualquiera de los grandes pensadores del siglo XIX, como Marx, Bakunin o Zola. Con este tipo de arqueología de la nación se puede construir una arquitectura democrática.

Felizmente, hay un aporte fundamental con la inclusión de estos textos en el apéndice. Con los fragmentos de *Páginas del Ecuador* vemos un estudio detallista del choque entre el liberalismo decimonónico y la jerarquía de la Iglesia católica. En esta tremenda brecha social y política, Marietta de Veintemilla estudia cómo la fuerza y la astucia se lanzan a la muerte en una contienda (76). Veintemilla se pronuncia por la fuerza, como su tío, el caudillo Ignacio de Veintemilla quien tomó el poder un año después del gobierno clerical del presidente Gabriel García Moreno. Como concluye Da Cunha, “el gran valor de Marietta se halla en su magistral y rara habilidad para interpretar la historia y legarnos una versión originalísima de la evolución de la nación ecuatoriana” (30).

La temática universal de *La religión de la humanidad* de Cabello de Carbonera se armoniza muy bien con la dicotomía social teorizada por Veintemilla para el Ecuador. Se discuten los actos y actitudes misóginos de la Iglesia y, especialmente, las ideas de San Crisóstomo, San Inocencio, San Isidro y otros padres de la Iglesia,



pero se admite que si “hoy nos parecen pecados fenomenales contra la razón y la justicia, fueron en su época tan lógicos y aceptables como el más santo principio de la moral” (130). A la inversa de la Iglesia, se posiciona el positivismo de Augusto Comte, lo cual Cabello tampoco admite, porque pinta a la mujer como “fuente de la virtud” (131). Censura al positivismo porque idealiza demasiado a la mujer para que quepa en el ideal doméstico. Para Cabello, ninguno de los dos, ni la fe cristiana ni la ciencia positiva, puede ser “la verdad” que busca la humanidad. Ella registra otro camino que permite la dignidad de la mujer. Urge cultivar el escepticismo, para que el progreso sea dinámico. Como bien advierte Gloria da Cunha, Cabello llega a tal conclusión no sólo porque hay errores tanto en el dogma católico como en la doctrina positivista, sino también porque aceptar absolutamente uno o el otro representaría el estancamiento, impidiendo las “interpretaciones personales” (34). De esta manera, su idea de progreso permite más progreso que las propuestas del propio Auguste Comte.

Con *La humanidad en el futuro* el humor irónico de Luisa Capetillo se pone en evidencia. Un ejemplo servirá para mostrar el sabor o tono del ensayo. En plena huelga “los magistrados, jueces y abogados” se dan cuenta de que han estado oprimiendo al pueblo y concluyen lo siguiente: “realmente, estas gentes son superiores a nosotros” (169). Con este tipo de pedagogía humorista que hace al lector reír a carcajadas, Capetillo procura transformar la forma en que pensamos la humanidad. Como esta autora va por el socialismo, por la huelga, por la utopía, Da Cunha concluye que ella, tal vez porque es posterior en el tiempo, es más radical que Cabello y Veintemilla.

Entonces, como bien dice Gloria da Cunha, estas ensayistas fueron importantes en sus medios y épocas, y asimismo deben de serlo hoy día: “la intensa vida y participación social y política las hizo muy conocidas en el ambiente nacional e internacional en los que se movieron, una vez desaparecidas, a diferencia de los pensadores, la sociedad condenó a muchas de ellas al olvido quizás porque no las consideraba modelos femeninos ejemplares para imitar en esas épocas” (13). Para resolver esta injusticia es preciso recordar que la nación no es una horizontalidad estacionaria en el tiempo; es horizontal, pero igualmente se constituye como una verticalidad que permuta en el tiempo. Por esto, las escritoras de antaño revelan el por qué de la posicionalidad de los seres humanos en la época presente. En esto consiste la gracia de *Pensadoras de la nación* de Gloria da Cunha, el reencuentro con estas notables intelectuales, para reflexionar con ellas y enriquecer el diálogo en nuestras clases, nuestras investigaciones y nuestras naciones.

*Loyola University, Maryland*

THOMAS WARD

